

Adviento/Navidad 2024

Soliloquios de la redención

Provincia Mercedaria de Chile



Índice

Saludo inicial _____	3
El posadero redentor _____	6
El dueño del establo redentor _____	9
El pastor que se ha quedado atrás en la espera redentora _____	12
Las ovejas dejadas solas _____	15
La comadrona _____	17
El ratón en la pared _____	20
El buey _____	22
El gorrión en el tejado _____	24
El asno _____	26

Saludo inicial

Queridos hermanos y hermanas de la Familia Mercedaria,
Queridos miembros de nuestras comunidades y todos quienes participen del carisma redentor en nuestras parroquias, capillas y colegios:

Nos encontramos nuevamente ante el inicio del Adviento, tiempo de espera y esperanza, tiempo en que se abren las puertas del corazón para acoger, con humildad y amor, el misterio de la Encarnación. Este año, como Provincia Mercedaria de Chile, queremos acompañar este tiempo litúrgico tan especial con una propuesta que invita a mirar la Navidad desde una perspectiva distinta, única y profundamente humana: la de los soliloquios de Belén. Presentamos, en estas páginas, nueve reflexiones o “monólogos de la redención”, donde diversos personajes del primer pesebre, como la oveja, el pastor o la misma Virgen María, encuentran en su interior el anhelo de un Salvador.

La obra que tienen en sus manos es fruto de un esfuerzo comunitario que, inspirado en la virtud de la esperanza y el carisma redentor, busca abrir espacios de oración, meditación y reflexión sobre la llegada de Cristo. Cada soliloquio, cuidadosamente adaptado y revisado a partir de los clásicos escritos de Giovanni Papini, recoge la voz de estos sencillos personajes, figuras que habitualmente consideramos estáticas en la escena de Belén, pero que, en esta propuesta, nos relatan con fuerza y ternura su encuentro con la esperanza viva. La oveja, el pastor, el buey y otros personajes nos hablan desde sus experiencias, sus humildes realidades y sus pequeñas luces de redención que refle-

jan, en cada palabra, la bondad, misericordia y amor del Dios que se hace niño.

Estos monólogos están concebidos para ayudarnos a vivir el Adviento con un espíritu de apertura, sensibilidad y contemplación. **El pesebre es el centro, pero lo que cada personaje nos dice es una invitación a observar la historia de la salvación desde nuevas miradas, aprendiendo a ver el reflejo de Jesús en cada detalle, en cada rincón del corazón.** La esperanza, como virtud mercedaria, cobra aquí un valor esencial: es la fuerza que inspira el deseo de la libertad plena, una libertad que, en este contexto de Adviento, es la de recibir a Dios con un corazón dispuesto a amar sin medida, confiando en que Él transforma nuestras vidas desde lo más profundo y con ternura infinita.

En estos tiempos de incertidumbre y cambio, el mensaje de estos soliloquios es un recordatorio de la ternura de Dios, un Dios que se hace uno con nosotros en las alegrías y en las penas, en la fragilidad y en la esperanza. Como Familia Mercedaria, estamos llamados a revivir este amor redentor en cada gesto cotidiano, en cada relación, en cada acto de servicio y amor fraterno. Cada soliloquio nos enseña que todos, sin importar nuestra condición, tenemos un lugar en la historia de la salvación. Así, estos humildes personajes de Belén se convierten en nuestros guías para redescubrir el Adviento como tiempo de preparación, para entrar en la Navidad con la certeza de que Dios nos ha dado en su Hijo el mejor de los regalos: la promesa de la redención.

Queremos invitar, con este material, a toda nuestra comunidad mercedaria y a cada persona que participa de nuestras parroquias, cole-

gios y capillas a que hagan de los soliloquios una experiencia compartida. **Les alentamos a ser creativos, a llevar estos monólogos a sus oraciones personales, a sus momentos comunitarios o, si lo desean, a representarlos para vivir juntos esta esperanza de una manera tangible.** Estos textos pueden ser proclamados, meditados y representados como una forma de expresar, en comunidad, el amor por el Niño de Belén, que es el amor redentor que nos une y fortalece.

Es nuestra esperanza que este libro, fruto de la colaboración y del carisma redentor que compartimos como Provincia Mercedaria, nos acompañe durante el Adviento y nos lleve a todos, niños, jóvenes y adultos, a profundizar en el misterio de la Navidad desde una perspectiva mercedaria: la perspectiva de la misericordia, la libertad y la esperanza. **Les invitamos a utilizar estos soliloquios no solo como una lectura, sino como una guía en su camino de preparación hacia la Navidad, para que cada uno de nosotros sea testigo de la Redención y lleve esa esperanza a quienes más la necesitan.**

Que el Niño de Belén, cuyo nacimiento esperamos con ilusión, nos conceda un Adviento de paz, esperanza y alegría compartida, y que cada soliloquio inspire en nuestras comunidades el deseo de ser verdaderamente testigos de la bondad y la misericordia de Dios.

Con sincero agradecimiento y esperanza renovada,

Secretaría Pastoral de la
Provincia Mercedaria de Chile

1. El posadero redentor

Aunque me hubiera quedado una habitación libre, ciertamente no se la habría ofrecido a esa pareja. Gente extraña, pensé. Afirmaron ser marido y mujer, pero mis ojos desconfiados no se dejaban engañar fácilmente.

Él parecía demasiado viejo, y ella, demasiado joven. Y, además, está encinta. Tal vez sea su padre, sacándola del pueblo para evitar algún escándalo. Pero mi posada es respetable, y no quiero partos clandestinos ni situaciones incómodas aquí.

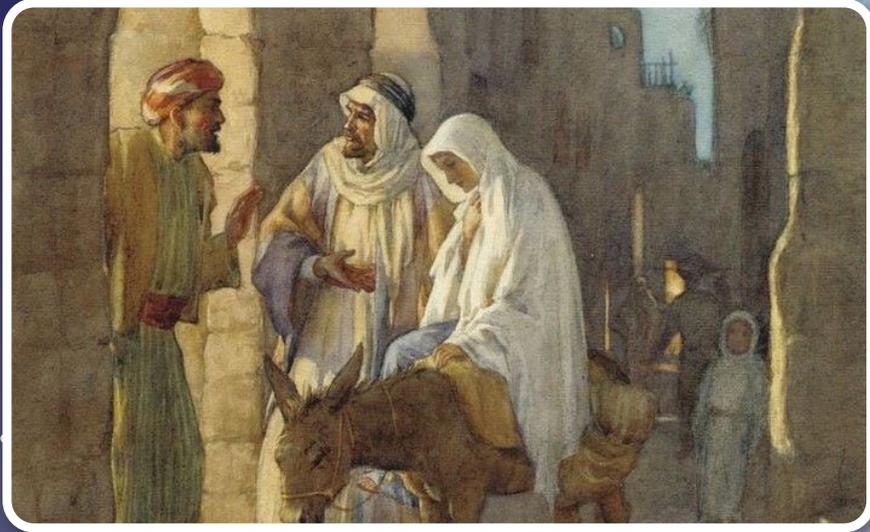


Sin embargo, algo en su mirada me hizo dudar. No la trataba como un padre a su hija, ni como un hombre desesperado escondiendo una vergüenza. Al contrario, la miraba con una reverencia inusual, casi como si ella fuese algo sagrado, digno de profundo respeto. Quizás, me dije, sea un siervo leal que ha asumido una misión difícil, pero ciertamente no era su marido. Y ella... con esa expresión inocente y pura, como si llevara consigo una paz que no se quebranta, una fe que no se avergüenza.

Parecía estar en los últimos días de su embarazo, y aunque mis pensamientos estaban llenos de desconfianza, había algo en ellos que no podía comprender. Pero eran pobres, y yo no quería pobres en mi posada. Mi mente, endurecida por el egoísmo, se cerró ante su necesidad. Pensé en los gastos, en el tiempo que podrían quedarse, en las molestias que su presencia podría causar a mis otros huéspedes. “No hay lugar para ellos aquí”, me dije.

Si hubieran llegado con ropas finas y dinero en las manos, tal vez habría hecho espacio, moviendo aquí y allá a otros para acomodarlos. Pero no fue así. Sus vestimentas eran humildes, casi miserables a mis ojos. No vi en ellos más que problemas y pérdida.

Sin embargo, ahora, en el silencio de mi soledad, me asalta la duda. ¿Y si me equivoqué? Quizás no vi lo que realmente importaba. Me faltó esperanza, aquella que se ve más allá de lo que los ojos perciben. Mi corazón endurecido no entendió lo que estaba frente a mí: la grandeza de un nacimiento que traía consigo redención. Ellos no



eran vagabundos, sino portadores de una promesa más grande que mi pequeño mundo.

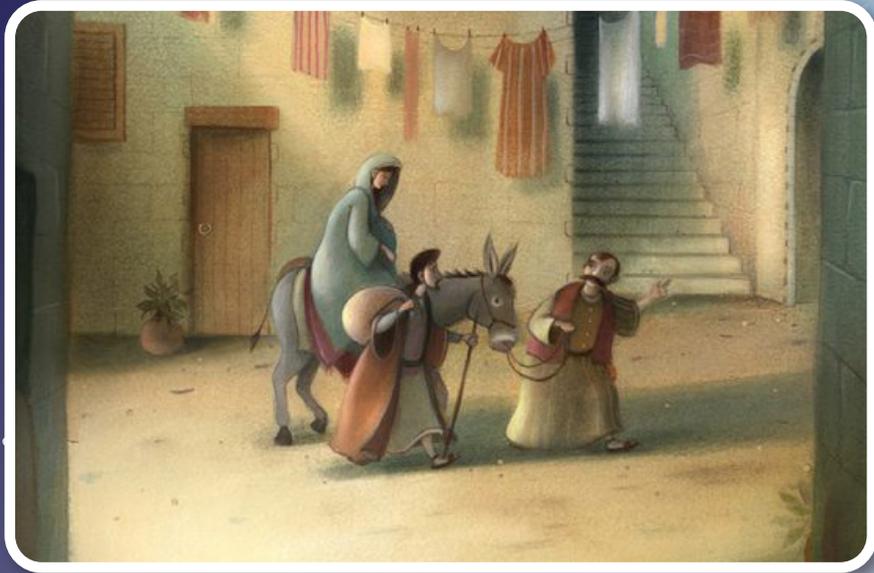
De Galilea, se dice, nunca puede venir nada bueno. Pero, ¿y si aquello que desprecié era, precisamente, lo que traía libertad a los cautivos, redención a los oprimidos? El carisma mercedario me invita hoy a mirar con otros ojos, a ver en cada persona la posibilidad de liberación, a ser un signo de esperanza para los que llegan sin nada, para los que el mundo ha despreciado. Y ahora me pregunto: ¿qué hubiera sido de mí si, en lugar de cerrarme, hubiese abierto mi puerta y mi corazón?

Tal vez, aquel día, en lugar de rechazar, pude haber sido parte de algo más grande, de un acto redentor.

2. El dueño del establo redentor

Ya les he dicho que sí, pero, por momentos, casi me arrepiento... En la posada no los quisieron recibir; no tenían un lugar donde caer muertos. Son personas frágiles, vulnerables, y al final, me dejé conmovir, especialmente por ella. Tiene una mirada humilde pero apasionada, unos ojos que parecen haber visto un mundo más luminoso que el nuestro. Ella lleva consigo un misterio, un secreto, como quien lleva un ramo de flores contra el pecho. Es tan inocente, tan pura, que me resulta increíble que esté a punto de dar a luz.

No tuve el valor para echarlos a la calle en la noche, en su estado. Quizá he obrado imprudentemente, pero ya no hay vuelta atrás. Ahora están sentados en mi establo, en silencio, como si esperaran algo que las palabras no pueden expresar. Como si esperaran un milagro.



El hombre mayor también parece una persona íntegra. Atiende a esa joven mujer con tal reverencia, como si fuera una reina y él un siervo dispuesto a todo. No entiendo nada. Están solos en este mundo, sin un sirviente que los asista, sin una mujer que pueda ayudarla en este momento tan difícil. ¿Cómo han podido emprender un viaje en los últimos días de su embarazo? Llevarla por estos caminos fríos, en sus condiciones, no parece propio de un hombre sensato.

Sin embargo, no tuve corazón para dejarlos marchar, abatidos. Mi establo es viejo y sucio, pero al menos les ofrece un techo sobre sus cabezas y un poco de calor de los animales. Puede que me haya equivocado, pero lo hice con buenas intenciones. Algo dentro de mí me impulsó a abrirles este pequeño espacio. Me sentí guiado por una voz

interior, una voz que reconocí como la del Señor, empujándome a darles refugio. Después de todo, hasta en las Escrituras se nos ordena dar hospitalidad a los peregrinos perdidos.

Albergarlos aquí, en medio de mi humildad, me hace pensar en el carisma redentor de la Orden de la Merced, en su misión de liberar a los cautivos y acoger a aquellos que han sido rechazados. Hoy, este establo, con todo lo precario que es, se ha convertido en un signo de esperanza, un refugio donde el amor y la redención encuentran su lugar. En cada rincón del mundo hay almas que necesitan ser liberadas, que buscan un refugio, y aquí, tal vez sin darme cuenta, he dado cobijo a algo más grande que yo mismo.

Ruego a Dios que todo termine bien, tanto para ellos como para mí. Y si esta pequeña acción, por muy insignificante que parezca, sirve para liberarles de su angustia, entonces sabré que he sido parte, aunque de una manera simple, de algo redentor.

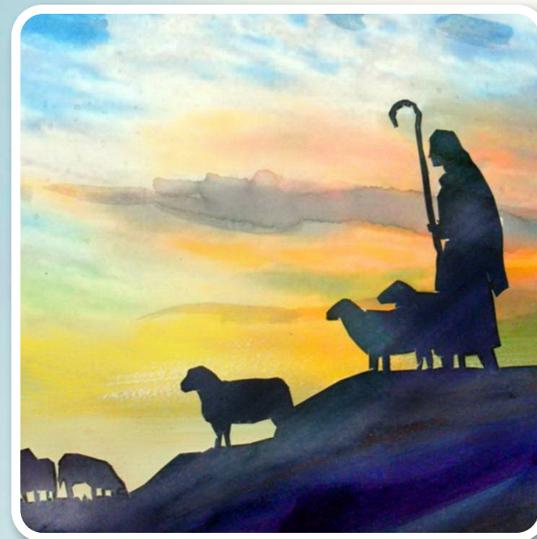


3. El pastor que se ha quedado atrás en la espera redentora

¡Qué rabia siento! Mis compañeros apenas han intercambiado palabras con esos jóvenes extraños antes de salir corriendo. Soy más viejo y ya no tengo la rapidez que ellos tienen, pero, en compensación, conozco mejor el mundo y sus caminos.

¿Quiénes serán esos seres resplandecientes? En el pueblo jamás los habíamos visto. Deben de ser forasteros, y uno nunca sabe qué esperar de los que vienen de afuera. Hay que ponerlos a prueba, interrogarlos... Pero no, mis compañeros, al oír las primeras palabras, levantaron los brazos como alas y se lanzaron a correr como el viento, como si ya hubieran comprendido todo.

A decir verdad, esos hombres no parecían ni siquiera hombres como nosotros. Sus rostros y sus vestiduras brillaban con una luz que no logro entender de dónde venía. No llevaban linternas, el fuego es-



taba apagado, y la luna tampoco alumbraba el cielo. Y, sin embargo, irradiaban una claridad tan intensa como si hubiera un fuego divino ardiendo delante de ellos. Podrían ser mensajeros del Señor... pero también podrían ser espectros, o peor aún, demonios que vagan en la noche.

Mis compañeros, los pastores más jóvenes, se quedaron allí con la boca abierta, escuchando, y lo creyeron todo al instante. ¿Qué supieron? Que en esa cueva, más abajo, ha nacido un Rey. Pero en mis setenta años de vida, he aprendido que los reyes nacen en los palacios de las ciudades, no en establos, entre el estiércol y los animales.

Dicen que este Rey es descendiente de David y, además, el Hijo de Dios. Pero hasta donde sé, nuestro Adonai no tiene hijos: Él es el Señor único, creador del cielo y de la tierra, y no hay otros como Él. En cuanto a la familia de David, después de mil años, mucho me temo que apenas quede rastro de ella.

Y sin embargo, esos pastores corren como locos, como si fueran perseguidos, para ir a ver ese supuesto milagro. Aunque en el fondo, tam-



bién yo quiero ir allá abajo. Porque, ¿quién sabe? A veces, las respuestas no se encuentran en la lógica, sino en el corazón. Puede que en este encuentro haya algo más profundo, algo que trascienda lo que mis ojos viejos ven.

Me detengo, lleno de dudas, pero con una chispa de esperanza. Tal vez, después de todo, esta luz que han traído consigo esos jóvenes no es solo la luz de un nuevo Rey, sino una señal de algo mayor: la promesa de liberación, de redención. Me recuerda el carisma de la Orden de la Merced, que busca a los cautivos y los libera, que ve más allá de las apariencias y las fronteras, rescatando no solo cuerpos, sino almas.

Así que aquí estoy, esperando. Tal vez mi mente aún se resiste, pero mi corazón me dice que este Rey, nacido en la humildad de un establo, podría ser el inicio de algo nuevo, de una esperanza para los que han sido dejados atrás, para los olvidados y los cautivos. Y si hay siquiera una mínima posibilidad de que esta redención sea verdadera, entonces también yo iré, aunque sea el último en llegar.

4. Las ovejas dejadas solas *(reescrito)*

Nos ha despertado aquella luz, más brillante que el sol, pero suave como un fuego sagrado. Y luego, los pastores se han ido corriendo, dejando detrás de ellos un silencio lleno de misterio. No se sabe bien hacia dónde han ido ni por qué, pero parece que algo más grande que ellos los ha llamado.

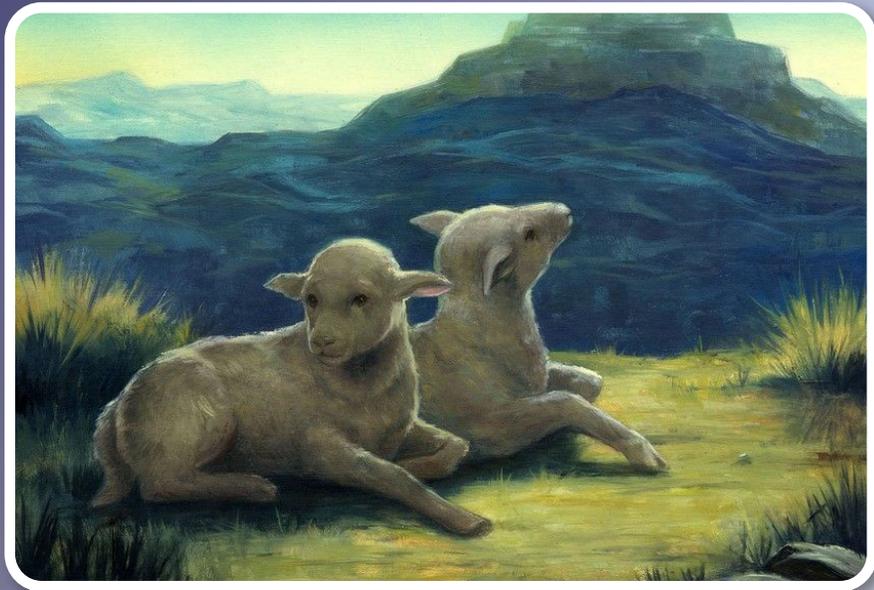
¿Qué pasaría si el amo se enterara de que nos han dejado aquí, solas, en medio de la noche? ¿Por qué abandonarnos ahora, cuando la oscuridad nos rodea? Si, al menos, nos hubieran dejado solas durante el día, ¡qué alivio! Podríamos haber buscado pasto en esos campos de trigo que tanto nos tientan. Pero, por la noche, ni siquiera eso es posible. Aquí, en este cercado, no hay esperanza de escaparnos, ni siquiera para soñar con pastos prohibidos.

Es en la noche, cuando el frío muerde y el miedo crece, que sentimos más que nunca la fragilidad de nuestra existencia. El peligro de los lobos y chacales nos acecha; las bestias sin alma ni misericordia podrían atacarnos en un instante. O los ladrones, bajo el manto oscuro de la noche, podrían llevarse a nuestros corderos sin que nadie lo impida. ¡Qué injusticia! Nos golpean durante el día, pero ahora que realmente necesitamos protección, nos dejan desamparadas.

Sin embargo, una parte de mí, por más absurda que parezca, siente una inquietud diferente. Quizás esa luz que ha despertado a los pastores es una señal de algo más profundo, algo lleno de esperanza.

Porque, en lo más oscuro de la noche, es donde nace el redentor, el que libera, el que trae la verdadera libertad. Y nosotras, simples ovejas, quizá también estamos llamadas a ser testigos de una liberación que no entendemos del todo.

Las personas, con todo su orgullo, a veces pierden la cabeza y se dejan llevar por las cosas más extrañas. Y nosotras, obedientes y silenciosas, quedamos aquí. Pero tal vez, en esta noche de incertidumbre, también estemos siendo parte de algo mayor, un misterio redentor que no podemos ver pero que podemos sentir. En medio de la oscuridad, tal vez esta sea la promesa de que no estamos solas. Tal vez el pastor que redime está cerca, más cerca de lo que podemos imaginar.



5. La comadrona *(Versión Mercedaria)*

¿Por qué vinieron a llamarme en mitad de la noche, si aparentemente no me necesitaban? El hombre, de rostro cansado pero resuelto, llamó a mi puerta con tal insistencia que parecía querer derribarla. Suplicó con voz temblorosa que los ayudara, que su mujer estaba a punto de dar a luz y no tenían a nadie para asistirle. Me conmovió su angustia, y aunque no entendía del todo la situación, decidí acompañarle. Creí que me llevaría a alguna casa familiar o, al menos, a una posada decente. Sin embargo, me llevó a un establo, en las afueras del pueblo, un lugar humilde, medio derruido. Se detuvo y, con humildad, me dijo: “Es aquí”.

Mi primer impulso fue negarme. Yo no estaba acostumbrada a entrar en establos, ya que mis clientas siempre han sido mujeres acomodadas de Belén. Pensé que esa joven debía de ser una desgraciada, quizás una fugitiva o alguien que se escondía de su pasado. Pero la voz interior de la misericordia me empujó a seguir adelante. Después de todo, si



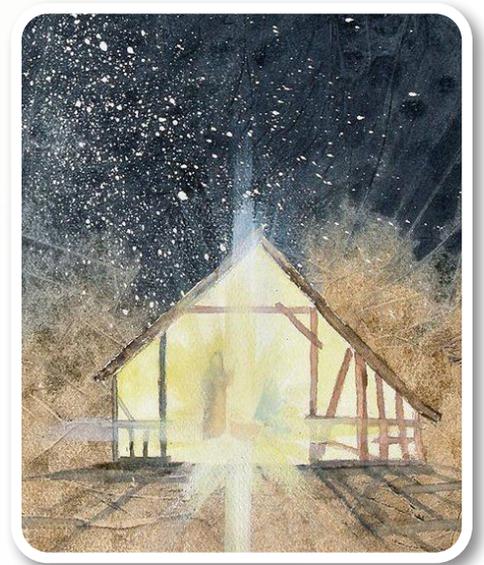
Dios me había guiado hasta allí, tal vez había un propósito redentor en todo esto, una esperanza oculta bajo la apariencia de pobreza.

Cuando crucé la puerta del establo, lo que vi me dejó sin palabras. La joven madre estaba allí, serena, plácida, como si todo lo que estaba ocurriendo no fuera más que un susurro en medio del silencio de la noche. Sentada junto al pesebre, acariciaba con ternura a su recién nacido, que descansaba en el heno, envuelto en la más pura calma. Sus ojos, grandes y luminosos, parecían ver más allá de lo terrenal. Y esa luz... esa luz que emanaba del niño, ¡iluminaba toda la habitación! Me quedé paralizada. ¿Cómo era posible? El niño... ese niño me mi-

raba, no con la mirada de un recién nacido, sino con la de alguien que sabe algo que el resto del mundo aún no ha comprendido. Una mirada llena de esperanza y redención.

El hombre, con gratitud en los ojos, trató de darme unas monedas, pero yo no pude aceptarlas. Algo en mi interior me decía que esas personas no eran como las demás. Supe en ese instante que en ese humilde establo estaba ocurriendo algo que escapaba a mi entendimiento, pero que estaba profundamente relacionado con el amor de Dios, con la liberación de nuestras ataduras humanas. Comprendí que había recibido algo mucho más valioso que el dinero: un vislumbre de esperanza redentora.

El frío de la noche me envolvía mientras salía apresurada, pero mi corazón estaba encendido. Algo en mí cambió en ese establo. Vi un destello de la liberación que tanto anhelamos, una esperanza que brillaba más allá de las miserias del mundo, algo que sólo puede venir de Dios. Siento que he sido testigo de un misterio que trae redención, no sólo para ellos, sino para todos nosotros.



6. El ratón en la pared

Esta noche no es como las otras. Algo inusual ha ocurrido y, aunque el hambre me consume, no me atrevo a salir de mi escondite. Esperaba que la oscuridad cubriera todo para buscar un poco de alimento, pero de repente la cueva se llenó de luz y llegaron personas. Primero, una mujer con un niño en brazos, luego un viejo, y después, pastores. Hombres, esos que siempre nos persiguen a los de mi raza. Mejor quedarme aquí, entre las piedras, observando desde las sombras.

El hambre me pesa, y aún así, no me atrevo a moverme. Esos pastores han encendido un fuego que ilumina como si fuera de día, y se han re-



unido alrededor del niño, mirando con asombro. No sé qué ven ellos, pero yo solo veo a un niño común. Sin embargo, hay algo diferente en sus ojos, algo que no alcanzo a entender, una paz que no parece de este mundo.

Y es entonces cuando me doy cuenta: no es un miedo lo que siento, sino algo más profundo. Ese niño, tan pequeño e indefenso, parece irradiar una fuerza que invita a confiar. Aquí estoy, escondido, temiendo por mi vida, pero, ¿no es acaso esta luz una promesa de redención? ¿Acaso ese niño no es el reflejo de una esperanza mayor, de algo que puede cambiar el mundo, incluso para los más pequeños y olvidados, como yo?

Pienso en lo que los hombres suelen hacerme: me persiguen, me aplastan si pueden, me ven como un estorbo. Pero en esa mirada del niño hay algo distinto, algo que parece decir que mi vida también tiene un lugar. Y aunque mi instinto me dice que huya, hay otra voz dentro de mí, una más profunda, que me invita a confiar. ¿No es ese el mensaje de la redención? ¿Que incluso los más pequeños, los más oprimidos, tienen esperanza?

Este niño, ¿no representa también la promesa de una liberación para todos, incluso para los que no somos vistos?

Me quedo aquí, entre las piedras, todavía con hambre. Pero algo ha cambiado. Ya no es solo la comida lo que busco. Ahora, en mi corazón, algo ha despertado: una pequeña esperanza de que, tal vez, incluso para un simple ratón, hay un lugar bajo esta luz redentora.

7. El buey

¿Quién les ha dado el derecho de invadir mi hogar? Nunca los había visto. Esa joven no es la esposa del guardián, y ese anciano no es el boyero. Aun así, se comportan como dueños, han ocupado mi pesebre, ¡mi heno! ¿Qué clase de autoridad creen tener? ¿Qué han puesto en el pesebre?



¡Ah! Ya lo veo... Es un niño, ¡un recién nacido! Pero, ¡qué diferente es de cualquier otro! En todos mis años, jamás he presenciado algo así. No llora, no duerme, no se queja. Mantiene los ojos bien abiertos, serenos como el cielo en primavera.

Ahora, al observarle, me doy cuenta de lo oscuro y mugriento que es este establo. Me avergüenza no poder ofrecerle un lugar más digno, más limpio. ¿Cómo es posible que una criatura tan maravillosa haya escogido este rincón olvidado para nacer?

De él emana una calidez que no es de este mundo, una luz suave que llena todo de amor. Es un calor redentor, que me envuelve con la esperanza de algo mayor. Los humanos no nacen así. Son duros, fríos, crueles y, a menudo, indiferentes. Pero él... su mera presencia es consuelo, un recordatorio de que la redención puede surgir hasta en los lugares más inesperados.

Ahora me sonrío. No teme mi presencia, es más, diría que siente afecto hacia mí. Nunca, en los ojos de una persona, vi esa misma paz, esa misma bondad.

Soy viejo, mis huesos cansados de trabajar la tierra, pero por él haría cualquier cosa. Tiraría de un arado hasta el final de mis días, cruzaría las montañas con el yugo sobre mí, si eso fuera necesario para honrarle.



¿Seré yo, un simple animal de carga, digno de acercarme a este niño que irradia una luz tan divina, tan redentora?

8. El gorrión en el tejado

No comprendo lo que sucede esta noche. Hay una luz arriba y otra abajo, como si el día estuviera naciendo, pero este resplandor no es el del sol que conozco. Parece imposible que sea ya el amanecer, pues las noches en esta época del año son largas y profundas. Debajo, en el establo, escucho murmullos y voces humanas, y desde el cielo oigo un canto extraño, como si las personas hubieran aprendido a volar como nosotros. Si lo han logrado, ¡sería nuestra ruina!



Mi corazón inquieto no encuentra reposo, y las luces y los sonidos perturban el descanso que necesito para volar al amanecer y buscar las semillas y restos que me mantendrán con vida. Pero esta noche, algo diferente pasa en el aire; el viento susurra esperanza. Lo siento, aunque no lo entienda del todo.

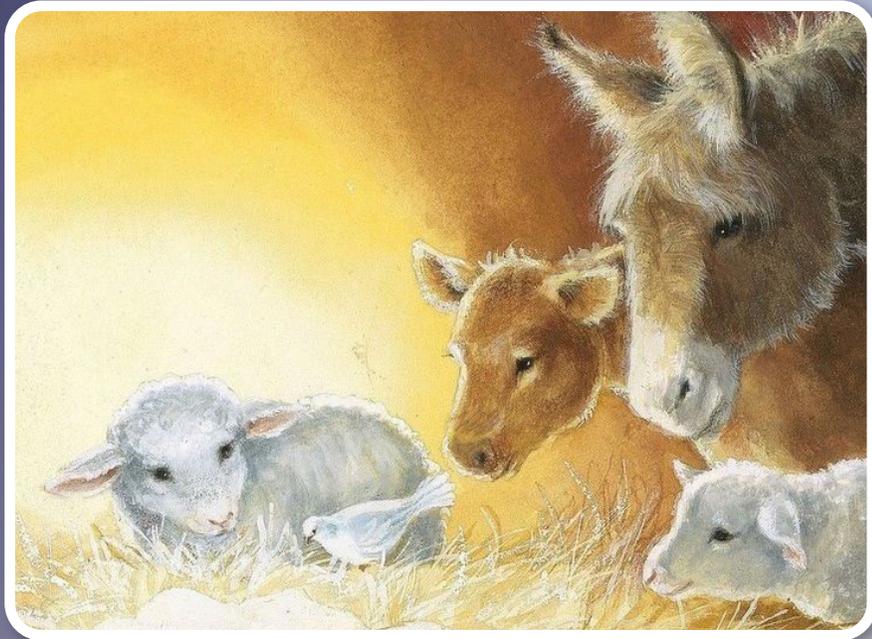


En las otras noches, todo era tranquilo, el silencio reinaba y mi sueño era plácido. Pero esta vez no. Hay una inquietud distinta, una vibración en el mundo que parece sacudir hasta las estrellas. Los gigantes de dos piernas, los humanos, que a menudo son nuestros enemigos, parecen agitados. Corren hacia el establo como si algo les llamara desde lo profundo de su ser. ¿Qué buscan en medio de esta noche que debería estar envuelta en silencio?

Hay una extraña serenidad que comienza a calmarme, como si el origen de toda esta luz y movimiento no fuera algo amenazante, sino un llamado a algo más grande. A lo mejor, lo que estos humanos buscan no es para fastidiar mi vuelo o robar mis semillas, sino para redimir algo más profundo en ellos mismos. Y aunque yo, un simple gorrión, no pueda entender lo que sucede, hay un eco en mi corazón que me dice que esta luz trae esperanza, una esperanza que nos toca a todos, incluso a las criaturas más pequeñas como yo.

9. El asno.

Dios, en su misericordia, me ha concedido ser testigo de lo que nunca imaginé. Aquí, donde las noches siempre fueron oscuras, llenas de soledad y cansancio, mi vida se limitaba a un rincón de este establo, acompañado solo por el rumor del buey y el ruido del ratón. Pero ahora, algo asombroso ha transformado este lugar. Un resplandor inunda la cabaña, un canto celestial resuena y, ante mis ojos, una mujer de una belleza incomparable cuida a su recién nacido. Ese niño, con su serena mirada, parece traer paz y consuelo a todos los que lo ven.



No soy un animal sentimental, ni me dejo llevar fácilmente por supersticiones, pero esta vez es diferente. Siento en mi corazón un gozo que nunca había conocido. He viajado mucho en mi vida, de Damasco a Jerusalén, pero jamás he presenciado un milagro como este. Esa mujer, inclinada con ternura sobre su hijo, y el hombre que la contempla como si estuviera ante un sueño hecho realidad, me llenan de una nueva esperanza. Los pastores que han llegado corriendo también lo sienten. Sus rostros brillan por la alegría profunda que el niño les ha regalado.

Ese niño no es como los demás. Los seres humanos no tienen esa luz en los ojos ni irradian ese fulgor de amor. Escuché a los pastores hablar de un ángel que les anunció el nacimiento de un Salvador. Y ahora lo entiendo. En esa mirada hay una promesa de redención, un llamado a la libertad, no solo para las personas, sino para toda la creación, incluso para mí, un humilde asno de carga.

He sido despreciado, siempre el último entre los animales, pero esta noche me siento parte de algo más grande. El Niño ha elegido este pesebre, el lugar destinado para nosotros, los más sencillos, para iniciar su vida en la tierra. Y ahora sé que no estoy excluido de su amor. Me mira con bondad, y en sus ojos veo una invitación a redimirme, a ser amado y acogido en su gran misión.

No me eches, Niño. Permíteme quedarme aquí, contemplando el misterio de tu vida que acaba de comenzar. Déjame también a mí experimentar la esperanza que traes a este mundo. Porque en tu nacimiento, he sentido el verdadero significado de la redención, y en tu amor, he hallado un nuevo lugar en el plan divino.

Oración a Nuestra Señora de la Merced en Adviento

Oh Madre de la Merced, Señora de la Esperanza y de la Redención,
en este tiempo de Adviento nos volvemos a Ti,
esperando la venida de Tu Hijo, Jesús, Luz que nace en nuestras tinieblas.

Tú que acompañaste el misterio de la salvación desde el primer instante,
sostenenos en la espera vigilante y fortalece en nosotros la virtud de la esperanza.
Haznos crecer en el anhelo de una libertad auténtica,
libres de todo lo que impide abrazar el amor de Dios en nuestras vidas.

Virgen de la Merced, enséñanos a ser redentores en lo cotidiano,
a llevar la luz de la misericordia y de la paz a quienes viven en la oscuridad.
Que, como Tú, podamos responder con fe a la llamada de Dios,
dejando que Él actúe en nosotros, sanando y liberando corazones.

Renueva en nuestras comunidades el fuego de la caridad,
que cada niño, joven y adulto se sienta atraído por el don de la esperanza,
viviendo como hermanos y hermanas bajo tu manto protector.

Oh Madre, acompaña nuestro camino hacia Belén,
para que, al contemplar a Tu Hijo en el pesebre,
reconozcamos en Él la fuente de nuestra redención
y nos convirtamos en portadores de Su amor para el mundo.
Amén.

